

Alas en los pies

Federico Ivanier

loqueleg

Fue mi primo Fefi el que me arrastró hasta el club. Así que si hubiese que culpar a alguien del desastre, sería a él. Noviembre (ese es el nombre del club —siempre me pareció un poco estúpido, pero bueno) estalla de gente cada verano. A Fefi le encantaba. Miraba la multitud de cuerpos que entraban y salían sin parar, riendo, saludándose, conversando, corriendo y poco menos que se le caía la baba. Hay gente a la que le encanta salir, conocer gente nueva, ponerse a conversar, etcétera. Especialmente en verano. Les gusta el sol y todas esas pavadas. Bueno, yo soy exactamente no así. Por eso me llevo tan bien con mi *Playstation*: lo prendo y ya está, ya nos llevamos bien, no nos hace falta intercambiar ni una sola palabra.

El problema es que era verano y a Fefi se le había metido en la cabeza que yo fuera al club y no hubo manera de frenarlo. Ni siquiera cuando le dije que no tenía plata para pagar la cuota, con todo este asunto de que mi padre hace meses que no nos pasa la pensión. Pero a Fefi no le importó. Mi tío Raúl (su padre) era presidente

de la Comisión Directiva de Noviembre y arreglaba todo. Ya lo había arreglado con mi hermano Adrián, por ejemplo, pero eso era cosa de Adrián, yo no tenía ganas de que a mí me anduvieran arreglando nada. Pero andá a convencerlo a Fefi. No. Me llevó y chau.

La llegada, como no podía ser de otra manera, fue una tortura. Ya de por sí me agotaba la perspectiva de conocer gente nueva. Siempre me sentía raro, como si las personas se asombraran de mi altura para mis catorce años. No es que fuera tanta, tampoco, pero era bastante y a veces, en especial la gente de menos de cinco años de edad, se quedaba mirándome. De hecho, estoy convencido de que debo de caminar medio raro. De vez en cuando, me choco con cosas, sin querer. Y ahí me miraban. Y yo ansiaba ser el Hombre Invisible.

Pero como iba diciendo, la llegada fue una tortura. Fefi parecía conocer a todo el mundo y se había empeñado en presentármelos a todos, *absolutamente* todos, y a anunciarles, como si fuera una gran noticia para la CNN, que yo iba a empezar a ir al club. Así que una catarata de caras me desfiló delante, todas esperando que dijera algo interesante, y a mí hace catorce años que no se me ocurre nada interesante para decir, así que de repente explotaban esos silencios que no van para ningún lado y que me daban ganas a mí de irme para otro lado.

—Qué bien, Luquitas, qué bien —Luquitas, por supuesto, era yo—, está lleno de gente —farfulló Fefi y

yo me preguntaba si en realidad mi primo no sería un extraterrestre con una misión secreta para enloquecerme o secuestrarme y llevarme a Plutón.

Aunque había pasado miles de veces por allí, nunca le presté atención al club, a su edificación de cuatro pisos que ocupaba casi media manzana. Era antigua, con piedras calizas y ventanales amplios. En cada piso y en el techo, visibles entre las copas de los plátanos, ondeaban las banderas naranja y violeta que representaban al club, con la N en el medio.

15

La gente del club era normal, lo que para personas como yo, medio raritas, es lo peor que hay. Nos invitaban a hacer diferentes cosas, desde jugar al ping-pong (juego en el que soy un lamentable desastre) hasta ir a la pileta (donde tengo la misma elegancia al nadar que una vaca). Pero, por suerte (en realidad, esto de la suerte es un decir), Fefi ya tenía planes para los dos.

—Nosotros igual ahora vamos a la clase de básquet.

—¿Básquet? —le pregunté mientras nos adentrábamos por el lugar.

—Seguro.

A medida que cruzábamos el hall hacia los vestuarios, eché un vistazo. Nunca había entrado allí, ni siquiera para venir a ver a mi hermano. Una vitrina vieja, con estantes algo torcidos, sostenía unos pocos trofeos que acumulaban polvo y fantasmagóricas huellas de herrumbre. Los sofás estaban desvencijados, las baldosas eran grises, gastadas, y la pintura tenía

años (así: aaaaaños). Era obvio que el magro dinero que entraba se destinaba a pagar sueldos y a resolver cuestiones urgentes, como que no hubiera peligro de derrumbe. ¿Sofás y pintura? Ni evitaban ni provocaban un colapso, por tanto, no eran importantes.

—No pienso ir a ninguna clase de básquet, te aviso —comenté. Por supuesto, tendría que haber sabido que Fefi pensaba llevarme a una clase de básquet. Más cantado, imposible.

Fefi ni se volvió. Saludaba a tanta gente que, honestamente, dudé de que hubiera alguien que *no* conociera. De todo ese interminable desfile de seres humanos, hubo una sola persona, una morochita, no muy alta, que no respondió directamente al saludo de Fefi, sino que se me quedó mirando. *¿Y esta qué me mi...?*, empecé, justo antes de chocarme con una columna. Ya haciendo papelones apenas llego a un lugar. Un clásico de mí mismo. Me recuperé y coloqué prudentemente la vista al frente, para eludir obstáculos.

—Jah —barbotó Fefi sin girar para mirarme—, ¿quieres venir al “ene” y no jugar básquet? ¿Con tu altura? Sí, justo. Ja, ja, qué risa.

Los obstáculos para ir al club empecé a plantearlos a Fefi ya en su casa. El primero fue que no tenía ropa. Dije tipo: *ah, qué pena, no tengo ropa, no puedo ir*. Era un obstáculo patético, porque estaba claro que Fefi

me podía prestar lo que precisara, pero igual intenté usarlo. Me duró menos que un chupetín en un cumpleaños infantil, o sea, más o menos lo que le llevó a Fefi abrir su placard.

—Tu ropa me va a quedar chica —le avisé, en un último intento.

Mi primo sacudió sus rulitos negros al volverse a ojearme. No es chico, que digamos. Tiene su altura y también parece un poco gordito, aunque es re ágil.

—Ta —me espetó, tras evaluarme—, ¿quién sos? ¿King Kong?

Así que, una vez en el vestuario, me entregó lo que iba a ser mi uniforme deportivo, digamos: unos shorts que me iban a dejar al aire las piernas largas que el Destino tuvo la dudosa bondad de mandarme y que, si a algo se parecen, es a panchos sin mostaza.

—¿No tenías unas bermudas? —le pregunté.

—Esas *son* unas bermudas. Creo. Para mí te quedan re bien.

—¡Pero son rosadas!

—Y yo qué sé. Me las compra mi madre.

—¡¿Rosadas?!

—¿Y qué querés que haga? Le gusta el color.

—¡¿Rosado?!

—Y sí. Bueno, ¿vamos?

—¿Querés que ande por el club con esta cosa?

—¿Por qué no? Está re buena. Un poco desteñida nomás. Dale. ¿O te vas a quedar a vivir en el vestuario?

Para colmo, la remera era naranja con unas flores cruzadas por delante.

—¿Qué toma la tía Ana antes de ir a comprarte ropa?

La tía Ana, obvio, es la madre de Fefi.

—Son unas florcitas. ¿Qué tienen de malo? Son lindas. Naturales. Ecológicas.

—Ta, ta. No me ayudes más.

18 Terminamos de guardar la ropa en unos casilleros cuyas puertas no cerraban bien y quedaban milagrosamente sujetas por un candado.

—¿Para dónde vamos? —pregunté, ya entregado y esperando lo peor.

Fefi me respondió recién cuando le insistí por tercera vez. Ahí ya habíamos salido del vestuario y estábamos en un corredor oscuro y deprimente.

—Para la cancha.

—¿Qué cancha?

—La de básquet, ya te dije.

Tipo persistente mi primo.

—Pará, que se me desató un cordón.

Los champions me quedaban algo justos de más.

—Esperá, que no sé ni dónde estoy... —le avisé a mi primo, que seguía de largo. No sé qué tenía el aire del club, pero evidentemente le afectaba el funcionamiento cerebral.

Me até el cordón. Luego me incorporé, apurado, para ir tras Fefi, pero entonces sentí, como tantas veces en

mi vida, que me chocaba contra algo. Lo único positivo es que era algo más blando que una columna. Supe que se trataba de una persona e, instintivamente, atiné a sujetarla. Resultaba bastante corriente que la gente, cuando chocaba contra mí, terminase en el suelo.

Ahí fue donde la cuestión empezó a complicarse todavía más. Los brazos que aferré tenían piel suave, fresca a pesar del calor reinante, y fue fácil mantener el accidente inmovilizado, como una foto tomada en el momento exacto de la colisión. Moví los ojos para ver quién era la víctima y descubrí a la morochita que me había mirado justo antes de que la columna del hall y yo nos hiciéramos íntimos.

Pensé en disculparme, pero las palabras no terminaron de cruzarme la garganta, porque yo, para hablar con chicas, tengo algunos inconvenientes. Bastantes, en realidad. Digamos que si mis inconvenientes fueran agua, podría llenar el océano Pacífico.

—¿Qué hacés? —me preguntó la morochita.

Ya está, ya se enojó conmigo, me dije. *Ya me detesta*. Pensé en responder algo.

—...

A ver, ¿qué estaba haciendo? Respirando, por ejemplo, no estaba.

—¿Hola? —dijo la chica—. ¿Me estás escuchando?

—Sí, sí, disculpá.

Hice un esfuerzo para que mi cerebro pudiera mandar una orden clara, ya que es como si mi mente fuera

una computadora y las chicas (cuando las tengo cerca, en particular) un virus: zas, se me cuelga. Pero conseguí soltarla. La morochita se enderezó.

—A ver si mirás por dónde caminás.

Sí, sin duda me consideraba el peor reptil del universo.

—Filo, ¿cómo andás? —intervino Fefi, inclinándose para darle un beso en la mejilla.

—Bien. ¿Vos?

—Bárbaro.

La morochita, de unos trece años, iba con dos amigas más. Hasta ese momento, ni las había visto.

—Filo, te presento a mi primo Lucas. Lucas, ella es Filomena.

—Hola —sonrió Filomena y me dio un beso en la mejilla.

También me pone en la zona colgada que me estampen besos en la mejilla. Especialmente chicas. Por suerte, eso no pasaba a menudo. Con todas las estrellas alineadas, dos o tres veces por año, nada más. Pero Fefi me presentó a las otras dos, Tamara y Adriana, que también me encajaron otro par de besos en la mejilla. Del mareo, empecé a ver doble y hasta triple.

—Bueno, nosotros vamos yendo para la clase de básquet.

—Ah, bueno —dijo Tamara.

—Nos vemos.

—Sí, sí. Lucas, dale. Vamos. Lucas empieza hoy.

Por alguna razón, Fefi amaba contárselo a todo el mundo.

—Ah.

Filomena me miró. Yo puse mi mejor sonrisa, o sea, una sonrisa idiota. *Hombre Invisible, Hombre Invisible*, pensé. Pero seguía visible. Seguro.

—Lucas, dale —me salvó mi primo.

—Sí, sí. Bueno, hasta luego —me despedí y, al alejarme, me di de frente con un veterano de pelo canoso.

—Cuidado, *m'hijo*, cuidado —me dijo el canoso—. Cuidado.

21

La cancha no era gran cosa. En realidad, era deprimente: apenas un gimnasio común, de parqué oscuro, con algunas tribunas de cemento. Sobre el parqué se dibujaban líneas para jugar diferentes deportes: básquet, *volleyball*, *handball* y fútbol de salón. Las luces del techo, aunque estaban apagadas, tenían evidentemente focos quemados y telarañas entre los cables. Por unas ventanas ubicadas en lo alto, la mugre frenaba la luz del sol y lo que entraba era una claridad tan rozagante como la piel de un vampiro, más o menos.

—Ahhh... —suspiró Fefi—. Hola canchita... —pareció que sonreía hacia el parqué, hacia el par de tableros de acrílico a ambos extremos—. ¿Sentís?

Comencé a pensar que mi primo tenía algún problemita mental.

—¿Sentir qué? —le pregunté.

—Dale, vamos. Ahí está Pablo.

En el medio, sobre el círculo central, había un tipo de unos cuarenta años, con casi dos metros de altura, equipo deportivo, silbato y cronómetros colgando de su cuello. A sus pies se amontonaba una red con varias pelotas de básquet, algunas lisas por lo gastadas que estaban. Cantado que era un ex jugador de básquet. Por el tamaño.

22

En torno a Pablo había unos veinte chicos de entre trece y dieciséis años, sentados o parados, empujándose, impacientes. Uno de ellos, rubio, picaba una pelota, se la pasaba entre las piernas, giraba, todo el tiempo hacía algo, sin parar. Fefi saludó y se sentó. No me quedó otra que imitarlo. *¿Quién me manda estar acá?*, me pregunté, odiándome por ser tan pusilánime con Fefi. Tras unos instantes, vi que Adrián, mi hermano, estaba también en la clase, a unos cuatro metros. Llevaba musculosa azul y bermudas celestes. Tanto en los brazos como en las piernas ya se le dibujaban los músculos.

—¿Y vos qué hacés acá? —me dijo a la distancia.

Eso es lo que yo digo, me dije.

—Vine con Fefi.

Pablo dividió la clase en dos: por un lado los nuevos y por otro los del plantel. Dio permiso para que sacaran las pelotas de la red y mandó a cada grupo hacia uno de los dos aros. Fefi caminó hacia Pablo al tiempo

que me hacía un gesto para que lo siguiera. No se me ocurrió otra cosa que acompañarlo.

—Pablo, este es Lucas —dijo Fefi—. Va a empezar.

—Ah, bueno —sonrió Pablo, estrechándome la mano—. Los amigos de Fefi son mis amigos. Bienvenido.

—No es mi amigo, es mi primo —aclaró Fefi y luego se volvió hacia mí—. Pablo es Pablo Lito. El ex jugador de la “ene”.

Si eso se suponía que debía encenderme alguna luz maravillosa en la mente, no funcionó.

—Ah —respondí.

—¿Tu primo? —preguntó Pablo.

—Hermano de Adrián.

—¿En serio? —se interesó Pablo—. Así que sos hijo del gran Hugo Pietrolini.

No respondí.

—Tu padre era quizá el mejor jugador de básquet que yo vi —siguió Pablo—. Cuando estaba en cadetes, quería ser como él. ¿Cuántos años tenés?

—Catorce.

—Sos bastante alto para tu edad. Y dos años menor que tu hermano, ¿no?

—Sí.

—Buen jugador Adrián. Tiene futuro. Bueno, entonces te mando para el grupo de los que más o menos ya saben jugar, ¿no?

—No. Nunca jugué.

—¿Nunca? ¿Con un padre y un hermano basquetbolistas?

Odiaba que la gente me hiciera esa pregunta. Casi les parecía un acto terrorista que no jugara al básquet. La otra pregunta era: *¿Y con esa altura?*, como si por tener la desgracia de ser alto no me quedara otra que jugar.

—No.

—¿En serio?

—En serio.

—Bueno, pero más o menos tendrás idea. ¿No?

—No.

Pablo frunció el ceño.

—Fefi, podés ir a entrenar, nomás. Arranquen haciendo algunas bandejas, con giros y cambiando de mano.

—Listo —respondió Fefi y se fue hacia el grupo donde estaba Adrián.

Pablo me pasó un brazo por encima de los hombros y caminó hacia el otro extremo.

—Bueno, me imagino que habrás visto muchos partidos, ¿no? No voy a tener que explicarte las reglas ni nada.

—No, nunca miré un partido.

Pablo frunció el entrecejo una vez más.

—¿Ni uno?

—No.

—¿Y entonces por qué viniste a una clase de básquetbol?

—Fefi me trajo.

El rostro de Pablo se aflojó en una sonrisa.

—Es una buena razón. ¿Quién sabe? Tal vez cambie tu vida.